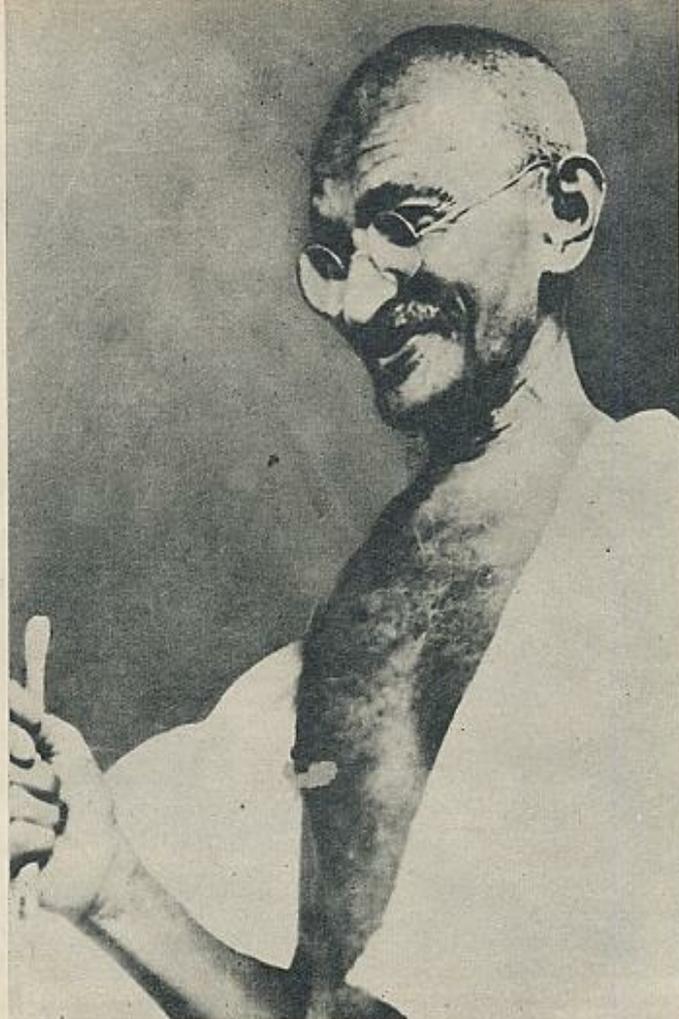


**G**ANDHI fue asesinado hace un cuarto de siglo (30 de enero 1948); no es fácil evocar ahora su figura sin una cierta perplejidad. Algunas de sus ideas, de las antiguas ideas del acervo mundial de la bondad y el pacifismo, que él difundía, ampliaba, practicaba y hacía practicar, han sido aceptadas y vividas por sectores muy importantes de la Humanidad (señalemos a los «hippies», y al amplio grupo intelectual y juvenil al que podría darse ese nombre como genérico); a veces, doctrina, pasión y muerte de Gandhi han sido asumidos por otras personas (el negro americano Martín Lutero King, asesinado en abril del año 1968). Y, prácticamente, la India ha aceptado y convertido en política de Estado la del Mahatma Gandhi. La perplejidad consiste en saber hasta qué punto la doctrina de Gandhi ha sido útil para la causa que defendía, hasta qué punto puede haber sido negativa.

recho de equivocarse; para él, la verdadera tolerancia —palabra que empleaba advirtiendo siempre que lo hacía porque no encontraba otra mejor— consistía en convenir que las ideas o las religiones, o cualquier forma de vía de los otros, debe merecer tanto respeto como la nuestra propia, y que si hay errores o imperfecciones en el pensamiento de los otros, las hay también en el nuestro. Sólo la instalación profunda de esta creencia puede conducir a lo que otro pensador hindú, Aurobindo, llamaba «la superhumanidad».

### Victima de la no violencia

Sin embargo, el esquema político ha reducido a Gandhi a la figura de un guerrero de la lucha por la vía de la no violencia, considerable contradicción en los términos, y contra el colonialismo británico



# EL MISTERIO DE GANDHI

## La «catolicidad» de la India

Como en todos los grandes casos históricos, el problema está en la reducción a un esquema político de lo que es una ideología amplia, compleja y abierta. Gandhi estaba inscrito en la gran apertura humana que supone el hinduismo, apertura por la cual han entrado —más que por la propia figura de Gandhi, no siempre considerada— todos los movimientos intelectuales de la juventud contemporánea.

Toynbee —cristiano, y nada «hippy»— describía hace unos años esa apertura: «Las religiones Indias no son exclusivas. Están dispuestas a convenir que hay otras vías para aproximarse al misterio. Estoy seguro de que tienen razón en eso, y que esa catolicidad de espíritu de las religiones de la India es el camino de salvación para los hombres de todas las religiones, en una época en la que debemos aprender a vivir unidos como los miembros de una sola familia, si no queremos destruirnos a nosotros mismos».

Gandhi iba más lejos. Para él, la palabra tolerancia tenía ya algo de intolerante: una tolerancia indica o puede indicar que se acepta la idea, la creencia o la vía de otras personas, pero considerándolas en cierta forma inferiores, o con el de-

pendencia se ha disminuido después, pero fue grande.

Es posible pensar que el triunfalismo con que se acogió la vía de la resistencia pasiva en la misma India y en otros países del tercer mundo pudo empañar la verdadera situación. Quizá sea aventurado decir que una parte del desmayo actual de la India, de su imposibilidad para salir de una espantosa situación de hambre endémica y de miseria casi absoluta, se debe a la sumisión a las ideas generales de la resistencia pasiva; tienen otro fondo histórico mucho más antiguo —como lo tenía el propio Gandhi, que no habría brotado por generación espontánea— y, sin duda, religioso, sin dejar de pensar que gran parte de la historia y de la religión del hinduismo se deben ya a un estado antiguo de hambre, de falta de proteínas. La frugalidad, el vegetarianismo, el éxtasis, la actitud sedente, la impasibilidad, pueden fácilmente convertirse en ideales y en objetivos mentales cuando son imposiciones de una situación económica (sin olvidar lo que de virtud puede haber en todas esas actitudes).

Forzosamente, la imagen de la India gandhista tenía que romperse en algunas contradicciones, como la de la recuperación militar de Goa, las luchas con China en las

en la India. Suele aceptarse, también esquemáticamente, que esta fue la línea que aceptó el país entero —en virtud de sus antiguas vías de pensamiento y de religión— para liberarse del yugo colonial, lo cual no es exacto; otros grandes grupos de un país que debe en realidad considerarse como una reunión de etnias, de grupos de fe y de pequeñas naciones de economía diferenciada, no habían cesado de mantener la lucha armada contra el Imperio británico desde su implantación; los levantamientos antibritánicos eran frecuentes, las represiones sangrientas —como los bombardeos de Kabul y Jalabad, la matanza de 400 personas en Amritsar, los levantamientos de Penjab y Delhi, las severas leyes del Comité Represivo que presidía el juez Rowlatt— se sucedían, y la idea de que la independencia de la India podía conseguirse más fácilmente por la vía armada que por la de la resistencia pasiva fue precisamente la que produjo el asesinato de Gandhi por alguien que creía que estaba traicionando al país, debilitándolo.

## La resistencia pasiva

Está también comúnmente admitido que fue la resistencia pasiva,

y actos sin duda tan prodigiosos como la «marcha de la sal» —el paseo desde Ahmedabad hasta la orilla del mar para producir sal, desobedeciendo así deliberadamente las leyes británicas que trataban de proteger un elevado impuesto sobre la sal—, las que forzaron finalmente al Imperio británico al pacto, la negociación y la retirada.

Sin duda, el enorme movimiento de resistencia pasiva tuvo una gran parte en ella, pero Gran Bretaña tenía otros motivos para retirarse de la India, y eran prácticamente los mismos que le llevaron a replegarse, tras la segunda guerra mundial, de otros bastiones de su Imperio; probablemente le era más fácil negociar con Gandhi y los gandhistas, con los pacifistas de la resistencia pasiva, que con los violentos, y encontrar en aquéllos las posibilidades para un funcionamiento del país dentro de la Commonwealth. No sin dejar la mortal herida de la creación del Pakistán en sus dos mitades —tan violentamente rotas ahora— con la apariencia de disolver el problema entre hindúes y musulmanes, pero con el mismo espíritu de división y partición que había dejado ya o iba a dejar después en otras partes del mundo. La importancia de la lucha armada en los movimientos de in-



Sobre su pira funeraria podría haberse escrito como epitafio lo que solía repetir: «Aun cuando critiquemos algo, podemos y debemos hacerlo con una humildad y una cortesía que no dejen subsistir ninguna amargura en los otros».



Nehru y Gandhi, en Bombay, julio de 1946, juntos con motivo de la reunión de todos los Congresos Indios.

fronteras comunes o la intervención en Pakistán —sin entrar ahora en juicios de valor, en niveles de justicia o injusticia, referidos a esas situaciones armadas—, simplemente porque la India no era ni es un país gandhista, sino compuesto de otras numerosas fuerzas y tendencias.

La figura humana de Gandhi está por encima de toda sospecha. Fue un hombre de pureza, pero jamás de recriminación, de superioridad o

de admonición. Nunca quiso imponer sus juicios sobre los de los otros, y, en cambio, aceptó muy fácilmente los de los demás. «Aun cuando critiquemos algo —decía—, podemos y debemos hacerlo con una humildad y una cortesía que no dejen subsistir ninguna amargura en los otros». Es su utilización política, su esquema, su proyección, la que puede hacer considerar hoy las consecuencias de Gandhi con alguna perplejidad. ■ J. A.

## VIDA DE UN IDEALISTA

Mohandas Karamchand Gandhi, el Mahatma («Gran Alma») nació en 1868 en Porbandar. Estudió Derecho en Londres y lo ejerció en Bombay; fue en África del Sur, donde fue llamado como abogado, donde inició su política de resistencia pasiva, no en defensa de la discriminación contra los negros, sino por la situación de los hindúes. Entró en el Congreso Nacional Indio (que debía representar a la India ante su colonizadora, Gran Bretaña) y ejerció una gran influencia en la recuperación de la independencia por la vía de los grandes ideales hindúes: «Satya», o la verdad; «ahimsa», o la no violencia; «brajmarja», o purificación por el amor al prójimo. Sin embargo, participó muy activamente en el reclutamiento de soldados indios para la primera guerra mundial. De 1920 a 1922 condujo la primera campaña contra la colaboración con Inglaterra; fue encarcelado en 1922 y puesto en libertad dos años más tarde. Durante varios años se retiró de la vida pública, alegando que necesitaba meditar y resolver sus propias contradicciones. En 1930 se alzó otra vez predicando la desobediencia civil (contra los impuestos, especialmente el que gravaba la sal) y fue detenido de nuevo durante un año. Continuó su esfuerzo, no solamente contra Gran Bretaña, sino contra ciertas formas de

vida hindú (la segregación de los «intocables», unos sesenta millones de personas consideradas como de casta inferior); fue detenido en 1933 y comenzó una huelga de hambre que conmovió al mundo: fue puesto en libertad. (Entre 1908 y 1947, estuvo diecisiete veces en la cárcel y realizó 15 ayunos o huelgas de hambre.) Durante la segunda guerra mundial fue considerado como derrotista, contrario al esfuerzo de guerra, y, por lo tanto, favorecedor del Japón, lo cual le produjo persecuciones; estaba realizando su campaña «Satyagraha 3» (propaganda contra la guerra) en la que le apoyaba Nehru. El Gobierno británico, para asegurarse la amistad de la India y por presiones muy fuertes de Estados Unidos, prometió al país la independencia para cuando terminara la guerra: Atlee le concedió, presidiendo un Gobierno laborista, en 1947. Gandhi, que había intentado la reconciliación de hindúes y musulmanes, terminó por aceptar la idea de participación. Se produjeron grandes disturbios, matanzas, desplazamientos masivos de refugiados. Gandhi hizo llamamientos a la reconciliación, pero fue asesinado el 30 de enero de 1948. Inmediatamente hubo un apaciguamiento: el asesinato de un hombre unánimemente respetado produjo una especie de tregua. Duraría muy poco tiempo...